bendecir la corona y el modo de celebrar la funcion, qué cosas se acomodan á las circunstancias, etc. Sería de desear el Breve de la Indulgencia para el día de la Coronación. Nuestros pecados son causa de que el presente Cónclave sea más largo que cuantos ha habido desde hace más de 300 años. [1] Si ántes de que salgan de Roma los dos Padres Procuradores de las Filipinas fuese elegido el Papa, yo procuraré conseguir dicho Breve de Indulgencia, y se lo mandaré. Verá también otra carta de anotaciones acerca del número de las imágenes que á su tiempo deben remitirse, etc.; lo cual he creído deber comunicar á V. S. I. para que estas cosas salgan hechas con toda propiedad. Acepte V. S. I. mis pobres esfuerzos en secundar sus santos deseos, y pida para mí á la Bienaventurada Virgén una santa muerte. Y con humildísimo obsequio me ofrezco devmo. observmo. y verdo. servidor de V. S. I.

Domingo Torrani,
De la Compañía de Jesús.

Roma, 3 de Agosto de 1740.»

No fué éste el único jesuita que secundó con eficacia los piadosísimos deseos de Boturini; ayudáronle también en esta honrosísima y meritoria empresa los PP. José Calvo y José Bejarano, Procuradores de la Compañía de Jesús en la Provincia de Filipinas, á quienes en 11 de Junio de 1742, escribía Boturini:

«Jesus, María y José.—Reverendísimos Padres.—Dueños y Señores míos: Aunque yo tenía suplicado al R. P. Domingo Torrani, en Roma, se sirviese informarse de las diligencias que se acostumbraban practicar en aquella Corte en ocasión de pedirse la Coronación, que se suele conceder á las Imágenes de María Sma. más frecuentadas de los pueblos y célebres en milagros, para que después y á su tiempo pudiese nuestro Excmo. Sr. Arzobispo y la Imperial Ciudad pedir la misma gracia y privilegio en el individuo de la bendita y aparecida Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México; no obstante, nunca me persuadí que de allá me viniese un despacho tan gracioso y favorable, con el cual se dispensasen á estos ultramarinos todas las circunstancias de estilo de aquella Corte, y se delegase á la persona de su Excelencia Ilma á hacer sola las diligencias que menciona el despacho, sin tener obligación de enviarlas á Roma, y coronar sin limitación de tiempo con corona de oro á dicha taumaturga Imagen de Guadalupe. Llegaron, pues, estos recaudos tan inopinadamente y de suerte por las liberales manos de VV. PP. Rmas. (á quienes la Divina Señora pague con abundantes retribuciones), que sentí grandemente no hubiesen antes pasado por el Supremo y Real Consejo de las Indias; y considerando yo que el volverlos nuevamente á España en tiempos tan peligrosos y críticos, era aventurarlos y ponerlos en contingencia de perderse, recurrí á este Tribunal del Real Acuerdo, acatando siempre la obediencia que debo á S. M. (que Dios guarde y prospere con mil victorias), para que en vista de dichos motivos y de la presente guerra con los herejes, se dignase S. A. de suplirles el paso y así lo ejecutó. Pero yo, que venero y aprecio, una más que chica firma de los Sres. del dicho Real Consejo, para la mayor gloria de la Sma. Virgen de Guadalupe me atrevo á suplicar á VV. PP. Rmas. me hagan la honra y merced, en caso de que llegue esta mi carta ántes que VV. PP. Rmas. me hallan remitido el Breve de la Indulgencia Plenaria, que Su Santidad tenia formado cuando el Rmo. P. Torrani entregó á VV. Rmas. los primeros despachos del Ilmo. Cabildo de la Sacrosanta Basílica Vaticana de pasar el dicho Breve por el Supremo y Real Consejo, y después enviármelo en la dirección antecedente para último consuelo de esta devota Cristiandad, que desea y pena de ver cuanto ántes coronada á su Imagen de Guadalupe; que si por yerro y extravío ya estuviese en camino dicho Breve sin el pase que tan de veras ambiciono, será menester tener paciencia, y la Sma. Señora dispondrá en el grande ánimo de los Sres. del Consejo el perdón que merezco, inter ruego á Dios N. S. guarde á VV. PP. Rmas. los años de mis deseos.

Besa las manos de VV. PP. Rmas. su menor servidor.

Lorenzo Boturini,
Señor de la Torre y Hono.»

V

Cuando con tanto empeño trabajaban estos piadosos extranjeros por ver coronada con la mayor solemnidad la celestial Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, justo es que de tanta gloria alcanzada en eldía de hoy, se feliciten con ardor entusiasta los mexicanos. Es nuestra Madre Tiernísima, que de tan singular manera vino á adoptarnos por hijos en el Tepeyac; pero presiso es que la consideremos tambien como nuestra Reina, y como á tal incesantemente le rindamos todo el afecto de nuestros corazones y el completo vasallaje de todo nuestro sér. Así lo sintieron nuestros padres; y esta consoladora tradición, que nunca jamás se ha visto interrumpida, acaba de ser recordada con respetable solemnidad por el segundo Sínodo Diocesano de Chilapa, cuyo celosísimo Prelado en la sesion segunda del 7 de Mayo de 1895, á petición del Procurador del Clero, aprobó solemne y canónicamente, y erigió en toda la Diócesis, *el Apostolado de la Soberania de Santa María de Guadalupe*, qne tiene por objeto reconocer prácticamente como Reina y Soberana á la celestial Señora del Tepeyac. ¡Plegue al Corazón sacratísimo de Jesús que este oportuno Apostolado vaya extendiéndose por todas las Diócesis de este religioso país, y que, pues hemos tenido la suspirada dicha de presenciar las magníficas y consoladoras fiestas de la Coronacion de la sobrenatural Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, la amemos siempre como á Madre y la sirvamos como á Reina! Este será, sin duda, un medio eficacísimo de atraer nuevas y más copiosas bendiciones del cielo sobre la piadosa Nación Mexicana.

Laureano Veres, S. J.

[1] El Cónclave en que fué promovido al Pontificado el Cardenal *Lambertini*, que tomó el nombre de Benedicto XIV, tan benémerito de la Nación Mexicana por sus famosas letras apostólicas *Nos est equidem*, de 25 de Mayo de 1754, por las cuales concede Oficio y Misa propia bajo el título de Guadalupe con rito doble de 1ª clase y Octava, declarando á la Santísima Virgen bajo el mismo título Patrona principal de Nueva España

Alternado con un Soneto del Sr. D. Domingo Argumosa, y seguido de un Himno á la Santísima Virgen de Guadalupe del Sr. D. Edmundo M. Flores, que publicaremos en el lugar respectivo, trae un artículo titulado "La Coronación de la Virgen," y en seguida el artículo que sigue:

EL GRAN DIA DE NUESTRA PATRIA.

Vibrando están todavía en nuestro corazón, en nuestra memoria y aun en nuestros oídos, las elevadas doctrinas que en armoniosa frase y en inspirado concepto no han cesado de dirigirnos los Príncipes y autorizados Ministros de la Iglesia que interrumpiendo sus cuotidianos quehaceres, dejando sus diócesis, salvando las distancias y venciendo todos les obstáculos, han venido á agruparse en torno nuestro, á vivir á nuestro lado, á penetrar en la nueva Basílica que la piedad tradicional de los Hijos de México ha levantado con el más noble de los objetos, y prosternarse á los piés de esa imagen adorada y bendita, en la que los Mexicanos vemos nuestra joya más rica, nuestra Madre más querida, nuestra Reina más respetada.

Al efecto mágico de esas arrebatadoras palabras, y al impulso de los sentimientos que conmoviendo las fibras más delicadas del corazón despiertan, nuestro ser se conmueve bajo la influencia de algo extraordinario que poniendo en nuestra memoria y en nuestro corazón unas palabras inolvidables, desprendidas de los labios divinos, casi instintivamente nos obliga á elevar los ojos á la montaña; y ante nuestra empañada vista se presentan, como las

dos elevaciones de un mismo valle; como las dos eminencias del una misma cadena; como las dos manifestaciones de un mismo fenómeno, el Calvario y el Tepeyac.

El Calvario y el Tepeyac! He aqui los dos polos en que descansa el eje, sobre el que gira la gigante esfera de nuestros más tiernos, conmovedores y dulces sentimientos.

El Calvario fué el teatro de la Redención del mundo; el Tepeyac lo fué de la regeneración de México: el Calvario manchó sus rocas con sangre; el Tepeyac purificó las suyas con flores: el Calvario inmortalizó su nombre con la historia de la muerte de un Dios, el Tepeyac tiene la historia inmortal del nacimiento de un pueblo: el Calvario se cubrió con las sombras de una noche anticipada para ocultar un crimen; el Tepeyac se enrojeció con los albores de una anticipada aurora para alumbrar un prodigio: el Calvario prestó su suelo para elevar en el un patíbulo; el Tepeyac regaló el suyo para construir en él un Santuario: en el Calvario las blasfemias se trocaron en alabanzas; en el Tepeyac las plegarias se truecan en consuelos: en el Calvario exclamó el infiel: «verdaderamente éste era Hijo de Dios;» en el Tepeyac confiesa el incrédulo que verdaderamente ésta es Madre de los hombres: el Calvario vió perecer á Jesus; el Tepeyac vió aparecer á María; y esta dulce, esta tierna, esta divina María se constituyó en el Calvario Madre de todos los hombres, y en el Tepeyac, Madre de los Mexicanos.

Desde entonces, desde el inolvidable 12 de Diciembre de 1531, cuyo dia es el primero sin duda entre los días de nuestra historia patria, el corazón Mexicano se abrió para lanzar un grito que llenó y llena todos los espacios y todos los tiempos: el grito dulcísimo de Madre; y asociado á él dejó escapar este otro, que ha pasado tomando cuerpo y consistencia, y creces al través de todas las generaciones: el grito entusiasmado de Reina. Y diariamente, y en distintas horas, y aun pudiéramos decir en todos los instantes, se abren millares de millares de labios para dirigirle esta bellísima, poética y tierna salutación: Dios te salve, Reina y Madre!

Desde el instante glorioso en que María Santísima fué asunta al Cielo en que al lado de la Trinidad Augusta reside, y fué coronada Reina de los Angeles y de los hombres, éstos se regocijan llamándose sus hijos, y se honran confesándose sus vasallos; y de una manera más especial, disfrutan los Mexicanos este honor y sienten ese regocijo, desde esa fecha que hoy llama á las puertas de nuestro corazón y nuestra memoria con la sonora voz de cerca de cuatro siglos.

Desde entonces, podemos decir, que ya la piedad de nuestros Padres le decretó la corona que espiritualmente siempre ha llevado, y que de una manera material acaba de ceñirle la afortunada generación que va pasando; y la historia registra hechos que acreditan, poniéndola fuera de duda, la exactitud de esta verdad.

El gran acontecimiento que inmortalizará á México entre todas las naciones del mundo, al año de 1531 entre todos los años del tiempo, y al mes de Diciembre entre todos los meses del año, no se localizó en nuestro suelo: en alas de su importancia y de su significación cruzó los mares, y voló sin detenerse hasta las gradas del Trono Pontificio, donde reside el Jefe Supremo de la Iglesia, á la que pertenece este milagro: y desde entonces, lo mucho que se ha hecho y lo mucho que se ha dicho sobre esta maravilla y sobre todo lo que con ella se relaciona, parece haber sido una preparación del fausto acontecimiento que ahora tiene agrupado en la falda del Tepeyac á todo un Continente.

En efecto, Alejandro VII en 1663, Clemente IX en 1667, Clemente X en 1675, Inocencio XI en 1679, Benedicto XIII en 1725, Clemente XII en 1731, Benedicto XIV en 1746, 1748 y 1750, Pío VI en 1785.... y por último, Pio IX y León XIII en estos últimos tiempos, han ejercido su poder y su influencia en favor del culto de María Santísima de Guadalupe; y este culto toma hoy nuevo realce, recibe nuevo impulso y recobra nuevo vigor en las fiestas solemnes que nos están regocijando.

Grande, bello, conmovedor, indescriptible es el cuadro que se presenta hoy á la vista y al corazón del mexicano creyente en la nueva Basílica en que ya han ido á presentar sus homenajes millares de católicos; y todos, sin excepción, los que respiran nuestra atmósfera, saturada con el perfume de tan nobles y tiernos sentimientos, contribuyen, en su esfera y á su modo, á la solemnización de este apoteósis.

¿Todos, decimos? ¡Ah, no! hay un grupo de miserables y de desgraciados que militan en otro campo, que se agrupan bajo de otra bandera, que no hacen causa comun con nosotros y que hoy más que nunca se obstinan en dirigirnos sus ataques.

Estos réprobos anticipados forman una dolorosa excepción, no merecen figurar en nuestras consideraciones, y envolviéndolos en el sudario de nuestra compasión, no tenemos para ellos más que una palabra: ¡alejaos!.....

Pero ¡qué es lo que decimos! ¿Estamos delirando?

No, no nos hagais caso: deteneos, venid al lado nuestro, pues teneis una parte activa en nuestra apoteósis; venid á tomarla, venid á traernos vuestro valioso contingente, venid á que os demos las gracias.

Gracias, escritores impíos, gracias por vuestros ataques; gracias por vuestras persecuciones; gracias por vuestros insultos; gracias.....¿nos atreverémos á decirlo?.....gracias por vuestras blasfemias.

No es, no, la ironía la que pone este sentimiento en nuestro corazón, ni el despecho el que lo hace brotar de nuestra pluma.

Cuando en los umbrales del Eden anunció Dios á esta Criatura privilegiada, á la que consagramos nuestro amor y nuestra vida, á la que veneramos con el corazón y á la que adoramos con el alma, le dió un carácter preciso y precioso con el que en todo tiempo deberíamos reconocerla: el de que hollaría con su pie la cábeza de la serpiente.

En estos momentos en que su nombre llena todo un mundo, y en que todo un mundo corona sus sienes, enaltece sus grandezas y canta sus glorias, su diminuto y poderoso pie huella la cabeza del monstruo infernal de quien los impíos son los secuaces: y nunca hemos visto un reptil cuya cabeza se pulverice bajo el peso que la quebranta, que no haga horribles contorsiones; que no exhale estrindentes ahullidos; que no arroje repugnante y asquerosa baba.....

Este carácter es el que nos presentan vuestros escritos.

Si éste faltase, podríamos dudar si la Mujer á quien le pertenece era la misma que en nuestro regocijo celebramos; pero cuando con tanta claridad se presenta, no podemos menos que creerlo... Grande és, sin duda, la significación de vuestros ataques! Inestimable es el valor de vuestro contingente!....

Ahora, ya podeis alejaros; pero estad seguros de que si llevais nuestro desprecio por vuestros agravios, llevais también nuestra compasión por vuestra desgracia; y en estos días de mercedes, y de gracias, y de bendiciones, pedirémos por vosotros....

¡Madre adorada nuestra: ahora que acabas de ceñir tu frente con la áurea corona con que te regalan tus hijos cuyos labios ya que no pueden honrarse con besar tus plantas, se regocijan besando el polvo que cubre el pavimento de tu santuario, oye la ferviente súplica que reverentes te elevamos, entre los suspiros de nuestro pecho, las lágrimas de nuestros ojos y los latidos de nuestro corazón!

¡Madre de los Mexieanos, ruega por tus hijos!

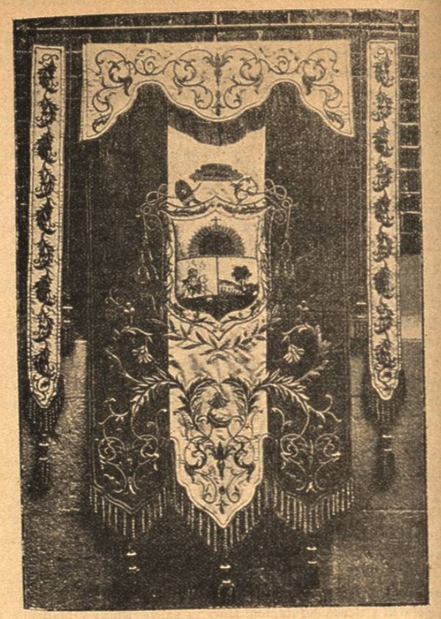
¡Protectora de los Mexicanos, ruega por tus protegidos!

¡Reina de los Mexicanos, ruega por tus súbditos!

Mas no solamente por nosotros: no solamente por los que te aman, por los que te adoran y por los que te veneran; no solamente por los que ponen á tus piés sus corazones: por los que se han reconciliado con tu Hijo para celebrarte; por los que se han unido con El en el sacramento del amor, para tener que ofrecerte..... también, y muy particularmente, ruega por los que te odian; ruega por lo que te niegan; ruega por los que te insultan; ruega por los que te atacan.....

Recoge las palabras últimas que se desprendieron en el Calvario de los divinos labios de tu Hijo moribundo, y poniéndolas en los maternales tuyos, conmueve con ellas la atmósfera del Te-

ESTANDARTE DE LA PEREGRINACION DE LA DIOCESIS DE QUERETARO



peyac para decir á tu Dios: "perdonalos, porque no saben lo que hacen."

Nosotros esperamos, Madre nuestra, una época de bienestar, de regeneración y de ventura para tu México querido: pues si el homenaje que ahora te ofrece es infinitamente pequeño para lo que Tú mereces, él va empapado con el amor más puro, con la devoción más tierna, con los sentimientos más delicados que á Ti lo ligan; y Tú, estamos seguros, recompensarás á tu Pueblo su amor con tu amor; su devoción con tus beneficios; sus homenajes con tus favores.

Escucha, Madre tierna, la súplica que para terminar te elevamos.

Hay entre nuestros compatriotas uno en cuyo pecho arde un corazón eminentemente Guadalupano; y Tú lo has distinguido, eligiéndolo como instrumento para la realización de esta solemnidad.

Su amor á Tí ha conmovido á todo un mundo; su vigorosa voz ha hecho escuchar tu nombre hasta las más lejanas regiones; su extraordinaria actividad te ha preparado un homenaje; su fervoroso corazón es la joya más rica de la corona con que tus hijos acaban de obsequiarte.

Por él, reverentes te pedimos, pidiéndote que derrames sobre él tus bendiciones.

Antes de dejar la pluma, con la que desde el fondo de nuestra oscuridad te consagramos un pobre concepto, recibe, condensado en uno sólo, el grito que lanza hoy á tus piés toda una generación conmovida, y que dejará como herencia á las generaciones que vienen: somos Mexicanos; somos tus protegidos; somos tus esclavos; somos tus hijos; y hoy, más con el corazón que con los labios, exclamamos en medio del entusiasmo más puro, más justificado y más legítimo:

¡VIVA NUESTRA PATRIA!
¡VIVA NUESTRA PROTECTORA!
¡VIVA NUESTRA REINA!
¡VIVA NUESTRA MADRE!

SANTIAGO RAMIREZ.

Y después de un artículo titulado "Sursum Corda" firmado J. I. R. hay otra poesía á la Santísima Virgen María de Guadalupe; cerrando este cuaderno, un himno, que también publicamos del Sr. D. Manuel M. Miranda y Marrón.

LA VOZ DE MÈXICO abre la marcha de su número correspondiente á este día, en esta expresiva salutación:

MADRE SANTISIMA DE GUADALUPE: Recibe el más hondo é indeleble amor de nuestra alma en este gran día en que tu nación predilecta corona la imagen que nos dejaste, cual prenda de misión sublime en la historia de nuestra patria.

Confesamos y reconocemos el origen milagroso de esa imagen ante la cual se postran hoy con veneración de hijos y júbilo de patriotas, once millones de mexicanos.

Confesamos y reconocemos tu poderosa protección á esta patria, especialmente al librarla de la apostasía, en medio de las tempestades de la impiedad, de la persecución á la fe y de todo linaje de halagos del mal.

Y en este día inolvidable para México, y sin semejante en la historia religiosa de la América, hacemos nuestras todas y cada una de las alabanzas que se levanten á Tí de todos los hogares,

de todos los templos, de todos los ámbitos del Anáhuac; unimos nuestros preces á todas y cada una de las que se eleven á Tí, pidiéndote la felicidad de nuestra patria, la conversión de los incrédulos, la fraternidad entre todos los hijos de esta tierra; y en el momento mismo, en el instante sublime de la Coronación tan deseada por la gran familia de México, te dedicamos para siempre nuestro DIARIO, te consagramos todos y cada uno de nuestros esfuerzos en defensa de la verdad, todos y cada uno de nuestros pensamientos y dolores. Ponemos nuestro periódico bajo el amparo de tu protección maternal y santa: no para que alcance éxitos materiales, sino para que logre llevar á las almas una chispa siquiera del sol eterno de la verdad.

¡Bendícenos!

Los redactores de LA VOZ DE MÉXICO.

En seguida publica el Ceremonial que ha de observarse en la Coronación de la Sagrada Imagen: después una poesía á la Virgen María de Guadalupe escrita por el Sr. D. Antonio de P. Moreno para el día de su Coronación.

Hace después una reseña de la Romería Michoacana, y termina la parte relativa á esta solemnidad con los siguientes Apuntes Históricos, que reproducimos como ratificación y complemento de los que publicamos en el Album de la Coronación, de cuya obra forma la segunda parte, la que contiene estas líneas:

APUNTES HISTORICOS SOBRE LA COLEGIATA DE GUADALUPE.

Más de tres siglos y medio han trascurrido, y en el corazón de todo mexicano existe palpitante aún, la piadosa tradición de la Virgen del Tepeyac: 364 años hace que la feliz mañana del Martes 12 de Diciembre de 1531, la Madre del Omnipotente dejando su alta y celestial mansión, venía á esta tierra mexicana á prodigar consuelo á la raza indígena que gemia bajo el yugo español, y dejaba estampada su Santisima efigie en la humilde tilma de Juan Diego.

Inútil creo repetir la tradición ya de todos conocida, máxime cuando en esta vez tan sólo quiero ocuparme del Santuario de la Colegiata de Guadalupe.

———

El año de 1533 se construyó por primera vez á expensas del Ilmo. Sr. Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México (*) una pequeña ermita de adobe á la cual fué trasladada la Imagen Guadalupana del Oratorio del Palacio Episcopal donde se encontraba desde su aparición y en donde se le habia colocado en un cuadro de "Alerce" (madera agotada en nuestros días.)

Juan Diego que á la sazón era vecino del pueblo de Tolpetlac, vendió unas tierras que tenía en Cuautitlán, su pueblo natal, y edificando una pequeña casita al lado de la ermita de Guadalupe, se dedicó al culto de la Virgen, hasta su muerte, acaecida en 1548.

La obra fué ensanchándose hasta que en 1575 era ya un templo regular.

A principios del Siglo XVII, se acordó levantar un templo mejor, eligiéndose para ello el lugar en que ahora se encuentra la Colegiata, y cuya construcción costó $50,000.

Concluido este nuevo templo, lo bendijo á mediados de Noviembre de 1622, el Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Pérez de la Serna, Arzobispo de México.

La Colegiata actual, se comenzó en 1695 y quedó concluida en 1709, debiéndose el adelanto de la obra al Ilmo. Sr. D. Juan de Ortega y Montañez, Obispo de Michoacán y Virrey de la Nueva España.

La fábrica interior era de orden dórico, de tres naves divididas por ocho columnas sobre las cuales y sobre los muros descansaban quince bóvedas; tenía tres puertas, dos á los costados y una al frente, su situación era de Norte á Sur.

En los cuatro ángulos exteriores se elevan cuatro torres, cada una de tres cuerpos.

El costo de esta obra fue de $800,000 todo de limosnas.

Dos caballeros de México, el Lic. Ventura de Medina y el capitán D. Pedro Ruiz de Castañeda, fueron los que proyectaron la obra dando para ella, el primero $30,000, y el segundo $50,000.

En un tabernáculo de plata, donación del Conde de Salvatierra, y que entraron en él 3,257 marcos 3 onzas de plata, fué colocada la Imagen dentro de un cuadro de oro que pesó 4,050 castellanos.

Entre las otras muchas joyas que pertenecieron á la Colegiata, se encuentra la crugia, en la que entraron 13,707 marcos de plata; dos candiles de oro que pendian del presbiterio, y que contenian 2,213 castellanos, y finalmente, una lámpara de plata con peso de 750 marcos, y la cual se estrenó el 12 de Diciembre de 1792.

También contaba la Colegiata con cuadros de gran mérito artístico, tanto de autores españoles como mexicanos; de estos últimos habia originales de Baltazar de Echave, José Suárez, Miguel Cabrera y Rafael Jimeno.

La capilla del Cerrito existe en el lugar que, según la tradición, Juan Diego cortó las rosas, y en cuyo sitio por mucho tiempo tan sólo hubo una cruz de madera.

Cristóbal de Aguirre fué el primero que edificó en 1660 una ermita, fincando 1,000 pesos para el culto.

A principios del siglo XVIII hizo la iglesia actual á su costa, el Pbro. D. Juan Montúfar, añadiendo para comodidad la escalera que á ella conduce.

La capilla del Pocito se construyó á fines del siglo pasado.

Como donación notable citaremos la que hizo en 1707 D. Andrés Palencia, dejando en su testamento 100,000 para el culto de la Virgen de Guadalupe.

———

Hoy felizmente se han concluido las grandiosas obras de reparación y ampliación de este hermoso templo, la Santisima Virgen es coronada como Reina de la nación mexicana, todo esto promovido por el Ilmo. Sr. Labastida de grata memoria, y secundado y llevado á cabo por su infatigable sobrino, el Ilmo. Sr. D. Antonio Plancarte y Labastida, y por el actual Arzobispo de México, D. Próspero María Alarcón, cuyos nombres serán escritos gloriosamente en una de las esmaltadas páginas de la historia eclesiástica mexicana.

ANGEL R. DE ARELLANO.

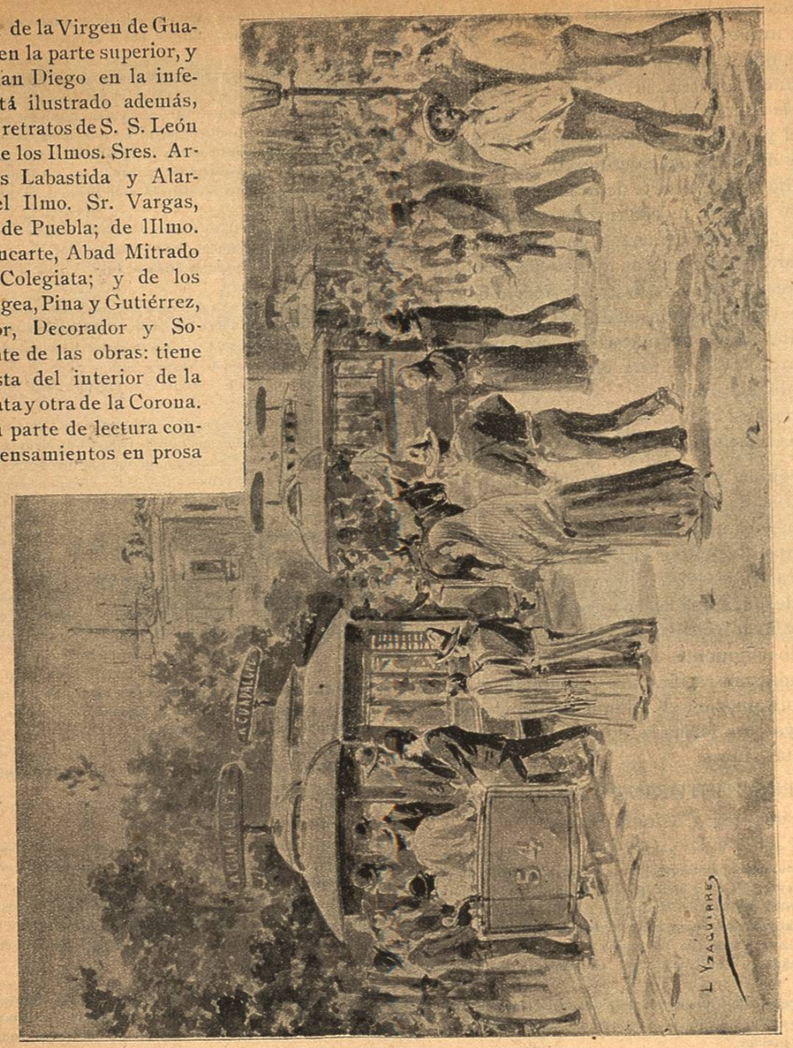
* En algunos escritos se le da al Sr Zumárraga el título de Arzobispo, el cual jamás llegó á usar, pues aunque el arzobispado fué erigido en Febrero de 1546 y la bula del palio es de Julio de 47, la noticia no llegó á México sino hasta Marzo de 48 en que ya habia muerto el Sr. Zumárraga.

Su número correspondiente al 31 de Octubre, contiene ocho planas y está impreso en buen papel con tinta azul.

Ocupan el centro de la primera plana, la

Imagen de la Virgen de Guadalupe en la parte superior, y la de Juan Diego en la inferior: está ilustrado además, con los retratos de S. S. León XIII; de los Ilmos. Sres. Arzobispos Labastida y Alarcón; del Ilmo. Sr. Vargas, Obispo de Puebla; de lIlmo. Sr. Plancarte, Abad Mitrado de la Colegiata; y de los Sres. Agea, Pina y Gutiérrez, Director, Decorador y Sobrestante de las obras: tiene una vista del interior de la Colegiata y otra de la Corona.

Su parte de lectura contiene pensamientos en prosa



A LA VILLA DE GUADALUPE EL DIA DE LA CORONACION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

y verso, de varios escritores y poetas en el orden siguiente:

A la Reina de México, de Refugio Peña de Ojeda; A María de Guadalupe, de José Navarrete; A la Santísima Virgen de Guadalupe en el día de su Coronación, octavas agudas por José Carrillo; A María de Guadalupe, del Pbro. J. F. V.; A la Virgen de Guadalupe, Soneto por Agustín Guevara; Pensamiento, por Rafael Torres; A María Santísima de Guadalupe, el día de su solemne coronación, 12 de Octubre de 1895, Oda por R. Ceniceros y Villareal; En la solemne Coronación de la Augusta Reina de los Mexicanos María Santísima de Guadalupe, poesía por Lázaro Martínez; A la Virgen del Tepeyac en su Coronación, Soneto por Juan Velázquez y Cordero; A la Soberana Reina de los Mexicanos Santa María de Guadalupe, Soneto por el Pbro. Juan B. Anciola; A la Virgen del Tepeyac, y A la Virgen de Guadalupe, dos Sonetos por Ignacio Borges Rivera; A María Santísima de Guadalupe en su Coronación el día 12 de Octubre de 1895, de

José Borja y Ecala; A la Excelsa Reina de los Mexicanos con motivo de su Coronación, Poesía de Atilano Mata; Pensamiento, de Emiliano Gómez S; A la Virgen de Guadalupe, de José Vega y Gallardo; Una carta suscrita por José Montes de Oca, en la que se hace una reseña de la fiesta conque en Santiago Tianguistengo se solemnizó la Coronación; *Fœderis Arca*, Poesía de D. Juan Luis Tercero; A la hermosa Virgen del Tepeyac, Soneto de L. Martínez; A María Santísima de Guadalupe en su solemne Coronación, de Angel María Santiago; A Nuestra Señora de Guadalupe, Poesía de Félix Martínez Dols; María Santísima Coronada, sin firma; A la excelsa Reina de México María Santísima de Guadalupe, Soneto por Concepción Arnaldo; Plegaria en verso por Luisa Muñoz Ledo; A nuestra amorosa Madre Santísima de Guadalupe en su Coronación, Soneto en Mexicano y Español por el Pbro. José Pilar Sandoval; En el Tepeyac, Soneto por Ramón Valle; Reseña de las fiestas de los últimos días del mes, y la siguiente:

DESCRIPCION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Arrojo y temeridad sería en mí querer pintar aun en bosquejo esta peregrina imagen, si no tuviese la disculpa de emprenderlo únicamente para los que no la han visto, y vengan en conocimiento de lo milagroso de esta Pintura en todas sus partes; que para los que han logrado la dicha de atenderla por sus ojos, excusado sería cualquiera expresión, pues su celestial hermosura arrebata la menos devota atención con tal atractivo, que no aciertan los ojos á otro objeto en aquel Templo que al Divino Simulacro. Sola su vista basta á liquidar los corazones menos flexibles y más obstinados en afectos de amor, de gratitud, de respeto y veneración á Imagen tan portentosa. De manera, que como dice Murillo, hasta el airecillo del Templo infunde devoción. Creeré el mismo efecto áun en los que la vean bosquejada con estas menos elegantes voces.

El lienzo en que del zumo de las flores, según un docto Escritor, apareció pintada milagrosamente la Imagen, se prolonga á dos varas y un dedo de longitud, y una vara y una cuarta de latitud. No es tan basto y mal tejido como se ha dicho por varios Autores, pues es comparable á un bramante crudo, ó cotense florete entre primera y tercera clase.

Su materia hilo de iczotl ó palma silvestre, sin que tenga en él participio alguno el hilo del maguey, ni en la costura de las partes ó piernas que lo forman, el algodón, pues de la propia materia es el hilo que hace la unión. En su origen se formó de tres lienzos, de que cercenado uno que no logró tocase en él la milagrosa pintura, ha sido el en que veneramos la Santísima Imagen notado de angosta capa para un Indio Llamábase este lienzo, de que vestían y hacían capa los Indios pobres y plebeyos, iczotilmatli, declarando la etimología de esta voz ser formada de icczotl, y no de maguey.

En seis palmos y una sesma, que hacen una vara y veinte y cuatro pulgadas, en bien proporcionados facultativos tamaños de ocho rostros y dos tercios, delineó Sagrado Pintor, de la Luna para arriba, todo un cielo en la Imagen de María, respaldándole por trono todo un sol, que reparte por el lado diestro sus rayos en número de sesenta y siete. Sobre este número son diez los que forman su Real corona, que ni engasta ni oprime su divina cabeza, pues asienta con suavidad sobre el manto, que colorido de un claro azul entre verde, ó más bien de un verde mar, fluye franjeando de oro de la cabeza á los piés, recogiéndose parte de él con naturalidad sobre el brazo izquierdo, y esmaltándose todo de cuarenta y seis estrellas distribuidas en admirable proporción, que hacen con los rayos á esta bellísima Imagen toda brillos y toda luz, Madre de la Luz y Virgen de la Luz, como aclaman á María Señora los Santos Padres y Doctores.

Descúbrese por bajo del manto parte de su partido pelo, y el todo de su divino rostro, aquel negro, y éste lleno con proporción, suavidad y relieve; su color poco más trigueño que el de perla, aunque es una Margarita; las mejillas sonrosean; la frente serena y proporcionada; sutiles y arqueadas las cejas, los ojos amables y apacibles como de paloma; labrada y recta la nariz; breve la boca, delgados los labios, y elevado el inferior por una marra de lienzo, con tal gracia que parece se sonríe. La barba corresponde con igualdad á tanta belleza, hermosura y conjunto de divinas perfecciones que forman este amabilísimo Rostro, representando la edad de catorce á quince años.

Pisa perpendicular su delicada estatura sobre el pie derecho que asienta en una media luna de color de tierra obscura, las puntas hácia arriba como que espera sus creces en María, argentándola con su abreviada planta, de que solo descubre la punta del calzado de color pardo claro.

Está inclinado, más bien que torcido, el cuerpo, cabeza y rostro sobre la derecha, no cabiendo en María otra inclinación. Percíbese su torneado cuello, desde donde fluye túnica talar hasta los piés, en que el múrice y grana se compiten en acarminados tintes muy subidos en las sombras, así como en donde hiere la luz y hace los claros muy debilitados ó desleídos á medio tinte, tan bien ejecutados sus trazos y cañones, que son de admiración á los facultativos.

Laborease toda esta túnica de adamascadas flores, que perfila el aquilatado oro igual al de los rayos que rodean la Imagen, y da brillo á las estrellas, bien que está minorado parte de su esplendor por la continua frotación de las imagenes que á este su original son tocadas, cuyo contacto parece les comunica la virtud milagrosa que á él dió la Omnipotencia.

Sus mangas redondas y sueltas, forradas no en felpa, como han dicho todos los autores, sino en finísimas pieles, como advirtió el Emo. Sr. Lorenzana. Véase con atención la Santa Imagen. Descúbrense éstas en los extremos de las mangas y cuello, cuya abertura está abrochada con un óvalo dorado con el signo de la santa cruz en el medio, formada de color negro, con mucho aseo. Sobresalen á las mangas de la túnica, las de la interior muy blanca, ajustadas con puntas de aguja en sus puños, graciosamente doradas, diez en un lado y once en el otro.

Juntas palmas y dedos pone sus torneadas manos sobre el pecho en ademan de quien intercede por nosotros al que está en su corazón. Por cíngulo tiene una cinta morada de dos dedos de ancho, de cuya atadura caen por bajo de las manos sus extremos.

Sirve de Atlante á tanto Cielo un Angel, que con ambas manos le sostiene en ademan de quien carga gustoso y reverente, con una mano está asignado á la punta del manto que por la siniestra cuelga por sobre la Luna, y con la otra el extremo de la túnica, la que más arriba del pie derecho (sobre el que descansa airosamente la Santísima Imagen) tiene una señal, marca ó cifra semejante á un número ocho, pero que no lo es. Descúbrese esta angelical piana de la cintura arriba, ocultándose entre nubes el resto, pues á los piés de María parece se anonadan áun los Angélicos Espíritus por reverenciar á su Reina. Este viste túnica rosada de color, como la de la Santísima Virgen, sin duda porque arde Mariposa en el divino amor en que sabe se abrasa su Emperatriz. Su rostro bello, gracioso, alegre y risueño, inclinado al opuesto polo á que mira el de María.

Tiene las alas, aunque tendidas, no con extremo, sino á medio vuelo, y como que lo termina para hacer asiento entre los mexicanos, con el propiciatorio de las gracias, á que deben ocurrir siempre que quieran se las dispense el Altísimo. Vístense galanamente